

Bichitos de luz

Julio Gómez del Cerro había decidido no concurrir a la reunión de concejales del Ayuntamiento ya que la votación del proyecto que traía de cabeza al partido oficialista y a la oposición se definiría al día siguiente y, como suele sucederle a los concejales novatos, quería leer a fondo el proyecto aunque la cúpula del partido ya había decidido apoyar su aprobación.

Hombre afable y serio, desde que ingresó en el partido, había demostrado ser respetuoso con la disciplina de voto que acataba sin más consideraciones.

Esa característica, sumada a que representaba un perfil de profesional joven de clase media, casado y con un hijo en edad escolar al que no dejaba de mencionar cada vez que las circunstancias se lo permitían, llevó al Comité Directivo del partido a seleccionarlo en las listas para las elecciones con el objetivo de lograr más concejales afines en su municipio, lo cual, logró al ser votado sin grandes dificultades de tal modo que ocupó una concejalía en la ciudad donde residía.

La responsabilidad que asumió al aceptar el cargo no se debía a ningún deseo de notoriedad, por el contrario, Julio estaba convencido que podía ser útil a los demás y, con ello, satisfacía un interno deseo de juventud, de esa juventud que fue dejando atrás en el tiempo.

Hijo único de una familia de clase media, desde su niñez había aprendido de su padre el esfuerzo cotidiano que debía ponerse en todo lo que se emprendiera, de su madre heredó el amor por el arte, la cultura y la naturaleza.

Ellos le transmitieron conocimientos que, añadidos a las disciplinas obligatorias de la educación, le proporcionaron una visión madura del mundo y, hasta cierto punto, avanzada a su época.

Fueron quedando atrás los devaneos insensatos en los que suelen caer los jóvenes, sobre todo después de conocer a la que sería la madre de su hijo, y las enseñanzas de sus padres perduraron en el tiempo.

Nada se consigue sin esfuerzo, y en su caso, este valor había predominado en su vida y poco a poco afianzó su posición social.

Tomó de nuevo la carpeta que había dejado abandonada a su lado y se obligó a continuar con la lectura aunque no sabía por qué le costaba tanto hacerlo, quizá por el ruido cotidiano, porque oía la conversación entre su hijo haciendo los deberes y su mujer que le obligaba a terminarlos, o tal vez porque su mente saltaba de un pensamiento a otro y no le permitía la concentración necesaria.

Varias veces estuvo a punto de abandonar, pero su sentido de responsabilidad le obligaba a seguir.

-Mamá... ¿Cómo son los bichitos de luz?- oyó preguntar a su hijo.

Aquella pregunta formulada con la inocencia de un niño alertó sus sentidos, “Bichito de luz” había sido uno de los libros preferidos de su niñez, con el que había adquirido el amor por la lectura de cuentos a muy corta edad y creía que ningún niño desconocía como eran las luciérnagas por lo que le extrañó negativamente la pregunta de su hijo.

- ¿Es que dan luz mamá?, siguió indagando el pequeño.

- Javier, ponte a hacer las tareas. Y las preguntas para luego. Ya te he dicho que las responderá tu padre cuando termine de trabajar, además hoy está en casa...

Esa respuesta fue decisiva para que abandonara la carpeta con el proyecto de urbanización y recalificación de algunos terrenos públicos y decidió dirigirse a la habitación donde su hijo hacía sus tareas.

- A ver Javier, ¿ qué preguntabas a tu madre?

- Preguntaba como son los bichitos de luz. No los he visto.

-Son unos pequeños insectos que tienen dos antenitas y la hembra tiene en su barriguita un órgano que cuando ella quiere llamar al macho une dos sustancias y se produce una luz verdecita que enciende y apaga y le indica el camino hacia ella.

-¿Como una linterna?

-Si, como una linterna.

-Yo de mayor quiero ser como tú que viste bichitos y seguro que también mariposas de colores. Este verano vi una pequeñita de color amarillo y mamá dijo que se llamaba limonera.

-Bueno, ya está bien de preguntas. ¡ A los deberes!

Y arremolinándole el cabello le dio un beso mientras su mujer le regalaba una sonrisa cómplice.

De nuevo ante la carpeta comenzó a leer, pero esta vez por las conclusiones.

“...por estos motivos solicitamos sea aprobado este proyecto de urbanización y la construcción de carreteras adyacentes que favorezcan el ingreso al club de golf y a las diferentes áreas del valle, y estamos seguros de la prosperidad y fuente de empleo que esto representa que redundará en beneficio de toda la comarca...”

Cerró la carpeta y dio por terminado el estudio del dichoso proyecto, apagó la luz y fue a reunirse con su familia.

El día siguiente amaneció con perspectiva de tormenta, casi la misma que se avecinaba en el Ayuntamiento, donde partidarios de una y otra postura trataban de conseguir en el último momento el voto que rompiera el empate.

El Presidente llamaba insistentemente al recinto para proceder a la votación y cuando Julio se encaminó hacia él, el portavoz de su grupo le susurró ¡ ganamos por un voto! y desapareció entre los presentes.

Se produjo una votación tensa y el Presidente se apresuró a dar los resultados pero su cara se contrajo aunque intentó recobrar la compostura para anunciar los mismos.

-El resultado es de cincuenta votos a favor de la aprobación del proyecto y cincuenta y uno en contra. Se rechaza el proyecto.

Un murmullo recorrió todo el recinto y el portavoz del grupo con una ira contenida preguntó -¿Quién votó en contra?

-Yo- respondió Julio, se lo debía a mi hijo. No podía dejar que por creer en falsas promesas de prosperidad, la política siguiera destruyendo nuestros ecosistemas naturales, y decidí que al menos podíamos empezar por aquí.

Julio Gómez del Cerro se levantó satisfecho y salió del recinto para reunirse con su familia.

Victor Iglesias Gois